

JESÚS Y LA MUJER

Por Nancy W. de Vyhmeister

Si Jesús viviera hoy en la tierra, ¿cómo se relacionaría con las mujeres de mi pueblo? ¿Dejaría entrever, como lo hacen tantas, que ellas merecen el respeto sólo cuando se destacan por su profesión o por su edad? ¿Las aceptaría a pesar de sus problemas? ¿Las estimularía a desarrollar sus talentos al máximo? Más aún, ¿podría un hombre moderno emular la forma como Jesús se relacionó con las mujeres que lo rodeaban?

Quizás la relación de Jesús con María Magdalena sea lo que mejor sirva para responder a estas preguntas. Pero antes de examinar dicha relación, miremos la situación social y religiosa existente en Palestina en el siglo I de nuestra era.

En ese mundo la mujer estaba sujeta a su padre, esposo o hermano mayor. Su posición era la de una criada. Por la más leve falta, el marido podía darle carta de divorcio. Si no le cocinaba a su gusto, él la despachaba, sin derechos ni haberes. Dentro de la familia, la autoridad del varón era total. Fuera de ella, no era aceptado el trato social entre mujeres y hombres. Los varones judíos oraban de la forma siguiente: "Alabado sea el Señor porque no me creó gentil; alabado sea el Señor porque no me creó mujer; alabado sea el Señor porque no me creó ignorante" Si bien las mujeres podían asistir a las sinagogas, se sentaban en un rincón, separadas de los varones. La instrucción religiosa no era para ellas, sino sólo para sus hermanos, Uno de los rabinos de la época dijo que era mejor quemar las palabras de la Torá que encomendárselas a una mujer. También afirmó: 'El que le enseña la Torá a su hija es como el que le enseña lascivia".

El relato evangélico nos da apenas vislumbres de lo ocurrido entre Jesús y María. Imaginemos las escenas que pudieron haberse desenvuelto.

María había vivido algún tiempo en Magdala, junto al mar de Galilea, lejos de sus hermanos en Betania. Al parecer su vida allí fue una triste carrera detrás de placeres que no traían felicidad. Al contrario, la negrura de su conciencia había dado albergue a los espíritus malignos.

Así la conoció Jesús. Mujer de la calle, poseída de demonios. Pero el Maestro vio más allá de ese rostro pintado y de la vestidura típica de su profesión. Reconoció lo que María podría llegar a ser mediante el poder de Dios y el apoyo de quienes le seguían a él. Vio la belleza de carácter que se escondía tras esa sonrisa forzada. Captó el deseo de María de ser buena y noble, e intervino misericordiosamente en su vida. No sabemos cómo se desenvolvió el milagro que la liberó. Sólo que fueron siete los demonios que huyeron aterrorizados ante la presencia del Maestro (Marcos 16:9; S. Lucas 8:2).

Nos relata el evangelista que María estaba entre las mujeres que "le seguían y le servían" (Marcos 15:40-41). No sé si María inició el plan de que las mujeres se preocuparan de la comodidad física del Maestro o si se unió a otras que ya lo estaban haciendo. No tengo duda de que algunos se habrán preguntado si convenía que se le permitiera a una mujer tal acompañar a Jesús y a los doce. ¿Serían puros sus motivos? Se me ocurre que Jesús les habrá dicho: "Dejadla venir a mí y no se lo impidáis

Al aceptar a la persona de María y también sus actos de servicio, Jesús mostró cómo el amor divino nos acepta a todos, sin preocuparse de nuestro origen o nuestra condición. Más aún, al liberarla de los demonios y aceptar su leal servicio, Jesús hizo frente a las necesidades íntimas de María. Le otorgó la dignidad que su alma reclamaba. La ayudó a verse como hija de Dios, candidata para el cielo, y ya no como un cuerpo que podía venderse al placer o al demonio.

La nueva María tuvo el valor de volver a Betania. Con su vida rehecha, se atrevió a retornar a sus hermanos Lázaro y Marta, quienes, sin duda habían anhelado que María pudiera recuperar alguna vez sus sentidos. Lucas nos relata una visita de Jesús a ese hogar en Betania. Afanosa por atender bien a sus invitados, Marta corría de aquí para allá preparando manjares. María, olvidando los deberes domésticos, estaba sentada a los pies de Jesús oyendo sus palabras. Marta desempeñaba el correcto papel femenino de la época; el comportamiento de María era inusitado, según se deja ver por la reacción de Marta, quien le pide a Jesús: "Dile, pues, que me ayude."

La respuesta de Jesús pone en claro que una mujer sedienta de verdad no tiene por qué quedarse en la cocina. Sí, el trabajo tiene que hacerse, pero el alimento eterno es más importante que el temporal. Son inmortales las palabras del Maestro: "Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada" (Lucas 10:41-42). Quedó así registrado para la posteridad el ejemplo de Cristo de permitir que una mujer aprendiera los secretos del reino. No es de maravillarse, entonces, que fueran numerosas las mujeres que aceptaron el cristianismo y trabajaron arduamente para promulgar las enseñanzas del generoso Maestro que las había liberado de la esclavitud de las ollas.

Nuevamente aparece Jesús relacionándose con María y Marta en ocasión de la muerte y resurrección de su hermano Lázaro (Juan 11). Llama la atención que en esta ocasión, cuando Jesús llega a Betania, es Marta quien le sale al encuentro. ¿Habría logrado María contagiar a su hermana —que tanto se preocupaba por los detalles prácticos de la vida— de su entusiasmo por lo espiritual, por el Maestro? El Señor le confía a Marta uno de los mayores secretos del reino: Jesús es la vida y la resurrección. Cuando se encuentra con María, Jesús la ve llorar y siente gran compasión. La sensibilidad femenina profundiza en el Maestro el dolor por todas las personas sensibles, todas las que lloran. Y aparece en Juan 11:35 el versículo más corto de la Biblia: "Jesús lloró" La fortaleza varonil no le impide sentir y expresar el dolor y la compasión. Sin vergüenza alguna, Jesús lloró por el dolor de María y de Marta, pero también por el dolor de todas las madres, hijas y hermanas de todos los tiempos.

Tan sólo seis días antes de su crucifixión, Jesús fue invitado a una cena en casa de Simón. Allí estaban Lázaro, Marta y María, cada uno en un papel diferente. Al parecer, Lázaro había sido invitado porque hacía poco que había resucitado. Marta, como bien podría esperarse, dirigía la parte culinaria de la fiesta. Y María realizó en esa noche un acto que nunca sería olvidado. Quebró el vaso de alabastro con su fragante perfume de nardo, y con él ungió a Cristo. Cuando el ambiente se llenó de fragancia, no faltaron quienes se quejaron del gasto. María tiene que haber querido que la tierra la tragara. Pero Jesús dijo: 'Dejadla; ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho' (Marcos 14:6; ver Juan 12:7-8). ¿Cuál no sería la profunda gratitud que sintió María cuando Jesús la defendió y protegió de quienes no habían comprendido el agradecimiento y el amor que había querido volcar junto con el perfume! ¡Ah! defensor de las débiles, las doloridas mujeres del mundo, ¡qué ejemplo dejaste a los hombres de todas las épocas!

Al cabo de esa tumultuosa semana, María presenció paso a paso el desenlace de la pasión de Jesús. Allí estuvo junto a su cruz (Mateo 27:56; Marcos 15:40; Juan 19:25). La vemos junto a la tumba de José de Arimatea (S. Mateo 27:61). Con las otras mujeres, prepara las especias aromáticas (Marcos 16:1). Muy temprano el domingo de resurrección, se dirige, llorosa y con el alma en los pies, al sepulcro, que encuentra vacío. En el huerto llora desconsolada cuando se le aparece uno que cree ser el jardinero. ¡Es el Cristo resucitado! ¡Alegría sin par! (Juan 20:1-15).

Jesús acepta su homenaje, pero le encarga una tarea: la de anunciar su resurrección. ¡Nunca volaron dos pies con tanta presteza como esa mañana! A María le habían sido encomendadas las mejores noticias de todos los tiempos. A ella, que no tenía preparación académica, que no era sino una mujer, Jesús le había dado la oportunidad de promulgar las buenas noticias. ¡Cristo vive! Acompañada de las otras mujeres, María anunció el amanecer de un nuevo mundo a los apóstoles (Lucas 24:10). No importaba que algunos no creyeran, ella tenía que hacer lo que el Maestro le había encargado. Y desde entonces, todas las otras Marías tienen también el privilegio y el deber de proclamar nueva vida, gozo y alegría en el Señor.

¿Cómo se relacionaría, entonces, Jesús con las mujeres de hoy? Las aceptaría como personas dignas de respeto, no importa cuál haya sido su pasado. Las vería como personas capaces de superarse. Trataría de fortalecer o reconstruir los vínculos familiares, tan valiosos para las mujeres. Encontraría que son candidatas para el reino del cielo y les ayudaría a recorrer el camino para llegar hasta la Nueva Jerusalén. Aceptaría el ministerio de las mujeres en favor de él mismo, en la persona de los necesitados, los ignorantes, los desvalidos. Y finalmente, las animaría a compartir su amor, su ternura y su entusiasmo por las cosas de Dios, no sólo con sus allegados, sino con todos los que estuvieran dispuestos a escuchar. Jesús, amigo de María y de todas las mujeres, ¡bendito seas tú para siempre!

Nancy de Vyhmeister fue profesora del curso teológico en instituciones adventistas en América del Sur, Norteamérica, África y Asia. Ahora jubilada, vive en Loma Linda, California. Este artículo apareció en la revista *El Centinela*, Setiembre de 1995.

